

“Abur, abur. ¡Ay! que se me traba la cachemira en la silla. Parece que los muebles me retienen y no quieren dejarme salir. Pillo, no faltes. Si no vas, te sacaré los ojos... Pues he de mirarme otra vez. Se me figura que llevo escrito en mi cara... Jesús, ¡qué tarde es!... ¿Y el otro guante?...” “Aquí está, sobre la silla...” “¡Ah! mira, me llevaba tu pañuelo... El cuerpo del delito. ¡Cómo nos delatamos los grandes criminales! Merezco la horca. Bueno, me colgaré de tu cuello, así... ¿Á que no me levantas? No puedes, no tienes fuerza. Abur, abur: tengo un hambre atroz. En cuanto llegue á casa me haré servir la comida... Caballero...” “Señora...” “Encantada de conocer á usted... Me parece usted algo tímido. No se decide...” “Señora, usted se me antoja una sílfide, una hada sin consistencia corpórea, sin realidad física...” “¡Burlón! otro abrazo. Tu amor ó la muerte... Que te espero...” “¡Eh! sin vergüenza, no pellizques...” “Te dejo ese cardenal para que te acuerdes de mí cuando mires á otra. Al fin me voy. ¿Por qué no vienes conmigo?...” “Tengo que vestirme...” “Si parece que has salido de un hospital... ¿Qué tal? ¿Estás malito?...” “Abur, abur... Largo de aquí...” “Feo, apunte, mamarracho, adios.”

XIII

Ventajas de vivir en casa propia. La noche terrible.

I

Considerando que era una tontería vivir en casa alquilada, teniéndola propia, arreglé el principal de mi finca y me mudé á él. No me disgustaba alejarme del domicilio de mi señor tío, porque la familia empezaba á serme gravosa en una ú otra forma. Aunque Raimundo volvió á dormir en casa de sus padres, en realidad no me despedí de él, porque por mañana y noche le tenía á mi lado. Era una adherencia sistemática, lealtad canina que á veces me causaba molestias. Cuando la manía del reblandecimiento no le permitía pronunciar la *tr* se ponía el tal primo fastidioso, y era más pegadizo que en tiempos normales. Si estaba yo lavándome, él allí,

describiendo con lúgubre tono los síntomas de su mal. Si almorzaba, él en frente, bien participando del almuerzo, bien amenizándolo con un comentario de las palpitaciones cardíacas ó de las sensaciones reflejas, todo ello en forma y estilo de *dies iræ* y con una cara patibularia que daba compasión. Si estaba yo en mi gabinete escribiendo cartas, él allí, arrojado sobre el sofá, como un perro vigilante y amigo, callado hasta que yo le decía algo. Si le encargaba algún pequeño trabajo, como copiarme una minuta, sumarme varias partidas, cortarme cupones y sacar nota de ellos, lo hacía venciendo su indolencia, dando á entender que el gusto de complacerme podía más que su enfermedad. Estas crisis de languidez solían parar en raptos espasmódicos. No sólo pronunciaba entonces con facilidad y rapidez el condenado ejercicio que le servía de gimnasia vocal, sino que su lenguaje todo era febril y de carretilla, cortado de trecho en trecho por pausas, en las cuales se quedaba el oyente más atento, esperando lo que había de venir después. Tales son las pausas que hace el ruido del viento en una mala noche. Durante ellas la expectación del ruido nos molesta más que el ruido mismo.

En semejante estado, la calenturienta habladoría de mi primo se refería siempre á cuestiones de dinero. Sin duda, éste se había condensado en el cerebro del pobre Raimundo, cons-

tituyendo su idea fija, que al mismo tiempo le espoleaba y atormentaba. Sus temas eran estos: ¡si en Madrid se gasta más dinero del que existe; si la sociedad matritense está en perpétuo déficit, en perpetua bancarrota; si no se verifica una transacción grande ó pequeña, desde el gran negocio de Bolsa á la insignificante compra en una tiendecilla, sin que en dicha transacción haya alguien que sea chasqueado...! Le ocurrían cosas bastante originales en la forma, otras muy extravagantes, pero que escondían algo de verdad. "Sostengo—decía,—que no existen, constantes y sonantes, más que veinte mil reales. Cuando uno los tiene los demás están á cero. Pasan de mano en mano haciendo felices sucesivamente á este al otro, al de más allá. Lo que llaman *un buen año*, es aquel en que los tales mil duros corren, corren, enriqueciendo momentáneamente á una larguísima serie de personas. Cuando se habla de paralización, de crisis metálica; cuando los tenderos se quejan y los industriales chillan y los bolsistas murmuran y los banqueros trinan, es que los milagrosos mil duros corren poco, estando mucho tiempo en una sola caja. La sociedad entonces se pone de mal humor. Lo bonito es verles andar de una parte á otra, despertando el contento general. Creeríase que es el gracioso juego del *corre, corre, vivito te lo doy*. Viendo pasar por sus dedos el talismán, se creen dichosos, y lo son

por un momento, el empleado, el tendero, el almacenista, el banquero, el agente de Bolsa, el prestamista, el propietario, el contratista, el habilitado, el casero. La piedra filosofal, por correrlo todo, hállase también en las manos del jugador; pasa rozando por los dedos de la entretenida; sube á las grandes casas de negocios; baja á las arcas apollilladas del usurero; taladra las cajas del regimiento; se mete en la Delegación de contribuciones; sale bramando para ir al Tesoro; la arrebatada de cien manos una; va á ser el encanto de la noche de festín; vuelve al comercio menudo, donde parece que se subdivide para juntarse al momento; la agarra otra vez la usura; la coge el propietario hipotecando una finca; vuelve á la Bolsa; la gana un afortunado bajista; la pierde por la noche á la ruleta un siete-mesino; va á parar luego á un contratista; le echa el guante uno que suministra postes de telégrafos ó cajas para tabacos; va de sopetón á servir de fianza en la Caja de Depósitos, la envían rápidamente de aquí para allí como una pelota las distintas oficinas del Estado; corre, gira, pasa, rueda, y en este movimiento infinito va haciendo ricos á los que la poseen. ¡Venturosos los que, siquiera por un momento, se jactan de echarle el guante!... Ahora bien, queridísimo primo, pues los hechos han querido que en el actual minuto histórico la corsabida pelota esté en tus manos, haz el favor de compartir

conmigo tu felicidad prestándome dos mil reales.

Así concluían siempre sus humoradas económicas. Mientras viví en Recoletos, estos sablazos de familia se repetían mensualmente, y la verdad, yo los llevaba con paciencia y sin contrariedad grave. Mi buen primo no tenía más que su mezquino sueldo y alguna cosilla que su padre le daba. Yo era rico, y poco perdía, relativamente á mi fortuna, con los ataques de aquella divertida mendicidad. La compasión, el parentesco, la admiración del ingenio de Raimundo obraban en mí para determinar mi liberalidad. Gozaba en su júbilo al tomar el dinero, y me parecía que echaba combustible á su temperamento para encenderlo y verle despedir las chispas de gracia con que me divertía tanto. ¡Pobre Raimundo! si á él le denigraban sus sablazos, en mí eran medio indirecto de gratificar al bufón de mi opulencia, de pagarle la tertulia que me hacía y las adulaciones con que halagaba mi vanidad.

Pero las cosas cambiaron. Cuando me fui á vivir á mi casa de la calle de Zurbano, llevé conmigo por razones que se comprenderán fácilmente, la idea de mirar mucho el dinero que salía de mi caja. Ya los golpes duros de aquel compañero de mis horas tristes empezaban á dolerme. Aquella fué la primera vez que Raimundo, al pedirme limosna, no vió la indulgencia y la generosidad pintadas en mi semblante.

"Toma mil reales—le dije arrojándoselos desde lejos,—lárgate á la calle con viento fresco, y tarda todo el tiempo que puedas en gastarlos.

Generalmente, la recepción de las sumas que me pedía obraba con maravilloso poder terapéutico sobre la raquis de aquel hombre infeliz, porque su languidez cesaba al instante, su palabra era más expedita y clara, resplandecían sus ojos; en fin, era otro hombre. No tardaba en tomar calle, y por lo común, al día del sablazo sucedían mañanas y tardes en que no parecía por mi casa. Estos eclipses me gustaban, aunque no eran baratos. Poco á poco se iba gastando la virtud medicatriz de mi bálsamo, y el hombre volvía á desmayar y á decaer como planta de tiesto, á la que se le va secando la tierra; la lengua se le entorpecía, el temblor nervioso le hacía parecer tocado de idiotismo, hasta que su crisis tenía nuevamente alivio y término en otra sangría de mi bolsillo. Contra lo que manda la ciencia, el enfermo era la sanguijuela y el médico se la ponía.

Francamente, en aquellos días empezaron mis hombros á sentirse cansados bajo el peso de mi familia. Una mañana estaba yo vistiéndome, cuando entró el portero muy afanado y me dijo que la señorita Camila se estaba mudando al cuarto tercero de la derecha, el único que no se había alquilado todavía. Ni mi prima me había

dicho una palabra acerca de tomar el cuarto, ni había cumplido ante el portero, que me representaba para aquel caso, ninguna de las formalidades que la ley y la costumbre establecen para ocupar una casa ajena. "No me he atrevido á decirle nada—manifestó el portero, sofocadísimo.—Arriba está colocando los muebles con una bulla de cien mil demonios, y en el portal han parado dos carros de mudanza. Yo hice presente á la señorita que el señor no había dicho nada, ni se ha hecho contrato, y me respondió que me fuera enhoramala, que ella se entendería con el señor y... que yo no soy nadie. Con que vengo á ver...

No quise tomar una determinación ruidosa, y dejé que mi prima ocupase el cuarto, resuelto á cantar muy claro al feo de Miquis las obligaciones que contraía por el hecho de ocupar mi propiedad. Más tarde se personó en mi presencia la propia Camila, y me dijo:—Perdona, primito, *comparito*, que hayamos tomado tu casa por asalto. La ví ayer tarde, y me gustó tanto que no he querido que pasase el día de hoy sin estar en ella. No creas, te pagaremos religiosamente, te daremos dos meses en fianza. ¿No bajas nada de los siete mil? En fin, por ser compadre, te daremos seis mil quinientos, y no resuelles, porque será peor. Te pagaremos cuando tengamos dinero, que ojalá sea pronto... Y calla, hombre calla; ya sé lo que me vas á decir

Tienes razón, esto es un abuso; pero por algo somos compadres. Nosotros los Buenos de Guzmán tenemos así este genio pronto. Me voy, que tengo que dar una mamada á mi cachorro. ¡Ah! nuestra casa está á tu disposición. Puedes subir cuando quieras y nos acompañaremos mutuamente. Estás muy solito, y te aburrirás en este caserón. Nosotros no salimos, no vamos á ninguna parte. Estoy consagrada á darte un ahijado gordo y rollizo. Sube y lo verás.

Subí aquella tarde. Camila, sin reparo alguno, sacó el pecho en mi presencia y se puso á dar de mamar al inocente. Mi ahijado no era bonito, ni robusto, ni sano. Cuando no tenía el pezón en la boca, estaba consagrado exclusivamente á la ejecución de un interminable sólo de clarinete que atronaba la casa. En esta no se podía dar un paso. Ningún mueble estaba aún en su sitio, y el gañán de Constantino no hacía más que clavar clavos por todas partes, rasgándome el papel, descascarándome el estuco, y dando tanto porrazo que parecía haberse propuesto destrozarme todos los tabiques.

“La casa me gusta—díjome Camila obligándome á sentarme en una silla á su lado, después que me acercó á los labios la carátula roja de su feo muñeco para que la besase;—me gusta mucho; pero tiene grandes defectos, sí, defectos que me harás el favor de corregir inmediatamente.

—Con que inmediatamente... ¡qué ejecutivo está el tiempo!

—Chitito callando, y obedecer. Mira que tengo malas pulgas... Pues sí, es preciso que mandes acá tus albañiles mañana mismo. Necesito que me abras una puerta de comunicación en este tabique que está á mi espalda. No sé en qué estaba pensando el arquitecto cuando trazó la casa. No se les ocurre á esos tipos que todas las habitaciones de una crujía deben estar comunicadas. Necesito además que des luz al cuarto de la muchacha, bien por el patio, bien por la cocina, poniendo una vidriera alta, ¿entiendes? Fíjate bien; parece que no haces caso de lo que se te dice... Otra cosa: es preciso que me pongas una cañería desde el grifo de la cocina al cuarto del baño, para llenar cómodamente la tina. Y de paso me abrirán otra puerta de comunicación entre dicho cuartito del baño y el comedor. Harás que me pongan campanillas en todas las piezas, pues sólo dos las tienen, y en la sala quiero chimenea. Voy á hacer de la sala gabinete y aunque yo no tengo frío, las visitas... ya ves. Voy á dar *tes danzantes*.

—Dí de una vez que mande construir de nuevo la finca—repuse tomando á broma sus reformas.

—No te hagas el tontito. ¡Ah! desde que eres casero te has vuelto tacaño, antipático... Ya no eres el caballero de antes; ya no piensas más que

en sacarle el jugo al pobre... Pues mira, tú te lo pierdes. Si no haces las obras que te he dicho, nos mudaremos y se te quedará el cuarto vacío. Con que á ver qué te conviene más.

Iba á contestarle que prefería el vacío á un inquilinato tan exigente y que tenía todas las trazas de ser improductivo; pero en aquel instante mi ahijado, dejando el pecho de su madre, me miró ¡pobrecillo! con una singular expresión de súplica. Parecía que impetraba mi indulgencia en pro de sus estrafalarios y míseros papás. Aquel infeliz niño tan gordiflón que parecía hinchado, me inspiraba mucha lástima. Con su debilidad, con su inocencia y con aquel modo de mirar, atento y pasmado, ganaba mi voluntad, reconciliándome con mis inquilinos. En Camila me interesaba la solicitud con que se desvivía por el cuidado y la crianza de su hijo, sin hacer caso de nada que no fuera este fin alto y noble, alejada de la sociedad y de las diversiones. Por esta exaltación del sentimiento materno, que en ella surgía con los caracteres de una virtud sólida, le perdonaba yo sus desfachateces y tonterías, la falta de recato y formalidad que siempre era lo más distintivo y visible de su extraño carácter. Pero me quedaba la duda de que el sentimiento materno fuera también caprichoso como todas las vehemencias maniáticas que sucesivamente privaban en su espíritu. El tiempo me diría si aquello, que parecía mérito muy

grande, resultaría después, como sus acciones todas, un entusiasmo efímero. Por fin, después de reirme mucho, contesté con un "veremos," á las peticiones de reforma en la casa.

¡Cuál no sería mi sorpresa dos días después, cuando Constantino, entrando inopinadamente en mi despacho, me puso en la mano el importe de un mes adelantado y dos meses de fianza! "Dispense usted, señor casero—me dijo,—la demora. Esperaba yo que mi mamá me mandase los cuartos. En la Mancha ha habido malas cosechas, y por esta razón... De aquí en adelante cumpliremos mejor. Me dijo ayer Camila que usted creía que no le íbamos á pagar, y que nos habíamos metido en su casa para habitarla de balde... ¿Apostamos á que se lo pensó así?"

—No, hombre, no creí tal. Ideas de esa loca. No hagas caso... Sois las personas más formales que conozco. Á entrambos os aprecio mucho. Seré con vosotros un casero indulgente. Sereis para mí los inquilinos más considerados y los vecinos más queridos. Y cuando me encuentre aburrido en esta soledad, subiré á haceros compañía, á buscar un poco de calor en el fuego de vuestra felicidad.

Él me instó á que subiera todas las noches para darnos mutuamente tertulia Camila no iba á ninguna parte; la obligación de la teta y el cuidado del *crío*, que no parecía estar bueno, la retenían constantemente en casa. Él tam-

poco salía ya de noche, porque Camila, á fuerza de predicarle y de reñirle, unas veces tratándole por buenas, otras por malas, había conseguido quitarle la mala costumbre de ir al café. “Como somos pobres—añadió,—tenemos pocas visitas. Mi hermano y su mujer suelen ir algunas noches. Suba usted y jugaremos al tute, á la brisca, al burro y á las *siete y media*, que son los únicos juegos que Camila consiente. Ella, si usted sube, tocará el piano y cantará alguna cosa bonita de las muchas que sabe.” Dí las gracias á aquel honrado cafre, que me pareció haberse domesticado algo desde el tiempo en que nos conocimos, é hice propósito de no despreciar su invitación.

II

Porque en aquellos días tenía yo muy pocas ganas de andar por el mundo; sentía no sé qué secreto, abrumador hastío, y un indefinible anhelo de la vida de familia, de reposo moral y físico. No pudiendo satisfacerlo cumplidamente, compartía mi tiempo entre la casa de Eloisa y la de Camila, huyendo de círculos, teatros y reuniones mundanas ó políticas que me aburrían soberanamente. En la primera de aquellas casas alternaban para mí las horas tristes con las horas entretenidas, pues si bien la fatiga y cierta tibieza del corazón hacíanme padecer, pasaba ratos agradables charlando con Eloisa de aque-

Los proyectos de pobreza, que tanta gracia tenían en su boca, ó poniendo en vigor con rigurosa actividad el plan de economías que debía salvarla. Yo mandaba allí como si fuera el amo y disponía á mi antojo de todo. Hice un desmoroche horrible de criados, y tuve el gusto de plantar en la calle al danzante de Mr. Petit y al jefe de cocina, con sus tres pinches. Una mujer bastante habil, asistida de una *pincha*, se encargó de hacer de comer. Despedí también á la doncella camarera, que me parecía mujer de muchos enredos. Era italiana, de buen ver, llamábase *Quiquina* y había venido á España al servicio de una célebre artista del Real. Supe que había dado escándalos en la casa, dejándose requerir por los cocheros y lacayos, y que Pepito Trastamara la perseguía por los pasillos. Semejante trapisondista no debía seguir allí, y salió pitando, aunque Eloisa lo sintió porque la servía muy bien. De los mozos que lucían frac ó librea en los grandes jueves, no quedó más que Evaristo, criado mío muy leal, á quien coloqué en la servidumbre de mi prima. Parecía estar en honestas relaciones con Micaela, la doncella de Rafaelito. Eloisa me aseguró que se casaban y que seguirían sirviéndola después de la boda. Agradábame que Evaristo permaneciera, porque me constaba de un modo absoluto su adhesión, y me convenía tener un perro de presa, un vigilante, un espía dentro de aquellos muros.

Entre tanto, las cuadras y cocheras se reducían á un tiro nada más. Los lienzos gustaban al ministro de Holanda, que probablemente se quedaría con ellos por una cantidad alzada. Eloisa daba á su prendera los zafiros para que los *corriera*, y todo iba bien, perfectamente bien. Para descansar de estas tareas de gobierno, solía pasar algunos ratos con Rafaelito, el más mono y salado chiquitín que podría imaginarse. Tenía ya dos años, y los disparates de su preciosa boca me encantaban más que todas las cosas admirables que han dicho los poetas desde que hay poesía. Sus agudezas, feliz ensayo de la malicia humana, eran mi mayor diversión. Para gozar de aquel hermoso oriente de una vida, provocaba yo y movía las manifestaciones rudas de su naciente carácter; le urgaba para que se me mostrara tal cual era, ya riendo como un loco, ya colérico; le sacaba de un modo capcioso las marrullerías, las astucias y los impulsos nobles del ánimo. Las horas muertas me pasaba á su lado, á veces tan chiquillo como él, á veces tan hombre él como yo. Componíale yo los juguetes, después que entre los dos los habíamos roto.

También empleaba algunos ratos en acompañar al pobre Carrillo, que apenas salía de su cuarto. Figurándome que tenía con él una deuda enorme, se la pagaba con buenas palabras y con atenciones cariñosas. Nada agradecía él tan-

to como que se le diera cuerda en cualquier tema de los suyos y en su fervoroso entusiasmo por la política inglesa. Yo sabía herir siempre las fibras más sensibles de su amor propio de propagandista y de anglómano. Con mi conversación se animaba, ponía en olvido sus crueles dolores y lanzaba su fantasía al espacio inmenso de los grandes proyectos. Mientras platicábamos, solía estar con nosotros el pequeñuelo. Pero ocurría un caso muy particular, que á mí no me causaba asombro por estar ya muy hecho á las cosas contrarias á la Naturaleza y á la razón. El pequeño se divertía poco con su papá, y esquivaba el estar en sus brazos. Pronto conocí que le tenía miedo, y que el rostro demacrado de Carrillo, con su amarillez azafranosa, producía en el pobre niño un terror que no sabía disimular. La verdad era que hasta entonces el infeliz padre, hartó ocupado con los hijos ajenos, se había entretenido poco con el suyo. Rafael no hallaba calor en los brazos de Pepe y venía á buscarlo en los míos. Ni dejaba perder ocasión el muy inocente de preferirme al otro. Carrillo dijo un día con amarguísima tristeza: "te quiere más que á mí," frase que se clavó en mi conciencia como un dardo. Hubiérame agrado que el pequeño no me acibarase el espíritu con sus preferencias; trataba yo de volver por los fueros de la Naturaleza ofendida; pero no lo podía conseguir. El chiquillo me adoraba. Viendo-

le desasirse con gesto desabrido de los brazos de su padre, sentía yo en mi alma un peso que me aplanaba. Le habría dado azotes, si no temiera que este remedio trivial agravase el daño. Y Carrillo me miraba como con envidia, y me hacía volver los ojos á otra parte, sobrecogido de inexplicable turbación. La imagen de aquel resto de hombre, fijo en su asiento, inmovil de medio cuerpo abajo, flaco y consumido, de un color de cera virgen, con las manos temblonas y el aliento difícil, me perseguía en todas partes de noche y de día. Imposible, imposible expresar el sentimiento que me inspiraba, mezcla imponente de lástima y miedo, de desdén y respeto.

En casa de Camila pasaba yo algunos ratos por las mañanas antes de almorzar. Confieso que la loca de la familia me iba siendo menos antipática, y que en su endiablado carácter empezaba yo á descubrir cualidades no despreciables, que habrían lucido más, entresacadas de aquella broza que las envolvía. El cariño ardiente y sincero que parecía tener al simplín de su marido, eran para mí una de las cosas más dignas de admiración que había visto en mi vida. La sencillez de sus costumbres y su alejamiento de las ostentaciones de la vanidad también me agradaban. Pero estas dotes recién descubiertas creía yo que no debían estimarse como positivas hasta que las circunstancias no las pusieran á prueba. Era cosa de verlo. Con quien

yo no congeniaba era con mi ahijado, el más ruidoso y mal humorado cachorro que mamaba leche en el mundo. Muchas veces tuve que huir de la casa porque su clarinete me volvía loco. Era el tal de una robustez sospechosa, gordiflón, amoratado. No había equilibrio en aquella naturaleza, y su sangre, quizás viciada, se manifestaba en la epidermis con florescencias alarmantes. En vano Camila tomaba grandes tragos de zarzaparrilla y otros depurativos. El pequeño mostraba rubicundeces y granulaciones que parecían retoños vegetales. No debía de estar sano, porque su inquietud crecía con su sospechosa robustez. Lo peor de todo era que Camila bajaba con él á mi casa cuando menos falta tenía yo de música, y la una con sus cantos y el otro con sus chillidos me daban unos conciertos matutinos y nocturnos que me aburrían.

Vuelvo á la otra casa, donde inopinadamente ocurrieron sucesos en el breve espacio de una noche, que dejaron indeleble recuerdo en mí. Si mil años vivo no olvidaré aquellas horas terribles. Eloisa, que por instigación mía había dejado de renovar su abono en los teatros, fué invitada aquella noche por una de sus amigas á un estreno en la Comedia. Dudó si iría; pero Carrillo se encontraba mejor que nunca; él y yo la instamos á que fuera. No eran aún las nueve, cuando Pepe se nos puso muy mal. Estábamos allí el ayuda de cámara, Villalonga y yo.

Al punto comprendimos que el enfermo sufría una crisis de las más graves. Mandé inmediatamente por el médico y también quise mandar á buscar á Eloisa; pero Carrillo, en aquel paroxismo que parecía la agonía de la muerte, tuvo una palabra para oponerse á mi deseo, diciendo: "No, no, déjala que se divierta la pobre." En esta frase creí sorprender un desdén supremo; pero seguramente me equivocaba, y lo que había era un espíritu de condescendencia llevado á lo último.

El infeliz sufría horribles dolores. El cólico nefrítico se presentaba más espantoso que nunca, complicado con un gran aplanamiento. El médico auguró mal y se negó á administrar como inútiles las inyecciones hipodérmicas. El marqués de Cícero, á quien avisé, vino prontamente acompañado de su respetable y también insignificante hermana, y después de echar un vistazo al enfermo, salió de la alcoba, porque, según dijo, no tenía corazón para ver padecer. Fuése á las habitaciones más distantes, donde estuvo largo rato hablando con los criados, y después pasó al despacho. Le ví luego vagar por la antesala, echando ojeadas de admiración á los espejos y azotándose la pierna derecha con un bastoncillo. Cuando me tropezaba con él, pedíame noticias de su sobrino. Después se pasaba la mano por aquella frente hermosa digna de encerrar talento; se la frotaba como quien acaricia una gran idea que le cosquillea debajo

del cráneo, y decía con el tono misterioso que se da á los descubrimientos: "¿Sabe usted, amigo, que ya van creciendo mucho los días? Hoy á las cinco era completamente claro." Aquella noche, afortunadamente, no llevó ninguno de los perros que solían acompañarle. Á veces me llamaba con gran aparato de manotadas y chicheos para decirme al oído: "La pobre Angelita no sospechaba que Pepe viviría menos que yo. Estoy muy fuerte. Si Pepe hubiera seguido yendo al monte conmigo todos los sábados para volver los lunes, no se vería como se ve."

Me lastimaba mucho, no puedo ocultarlo, que el marqués y su hermana, advirtieran la ausencia de Eloisa en ocasión tan crítica. Ya me disponía á mandarle un recado... cuando la ví entrar. Eran las diez y media. ¿Cómo tan pronto si la función no podía haber concluido? No se ocupó ella de darme explicaciones, porque en el portal los criados la habían enterado de la gravedad del enfermo. Entró anhelante en la alcoba de éste, y pasándole la mano por la frente, díjole algunas palabras consoladoras y afectuosas. Después corrió á quitarse el vestido de sociedad, que era un sarcasmo en tan lastimosa escena. Fui tras ella á su tocador, y mientras se mudaba de traje, contóme en palabras breves el motivo de su temprana salida del teatro. La obra que se estrenó era muy inmoral, y todas las personas decentes se habían escandalizado; las señoras se

salían, horrorizadas, de los palcos, y el público de butacas protestaba con murmullos. "Figúrate que el autor ha sacado allí unas *tías* elegantes, caracteres enteramente nuevos en nuestro teatro... Es un escándalo, una desvergüenza; es cosa que da asco... Lo único bueno de la obra son los trajes preciosísimos que han sacado las tales... ¡Qué lujo, qué novedad de telas y qué cortes tan admirables!," La gravedad de lo que nos rodeaba no le permitió darme más pormenores. "Pobre Pepe, ¡cuánto padece esta noche!— exclamó abrochándose la bata y mirándose en mi tristeza como en un espejo.—¡Si le pudiéramos aliviar! Maldita medicina que para nada sirve. Esta noche no nos abandonarás. ¡Me espanta la idea de quedarme aquí sola!... Siento que pases estos malos ratos; pero no hay más remedio, hijito. Hazlo por mí, por él, por todos. En estos casos se conocen los buenos amigos. Presumo que vamos á tener una noche muy mala, muy mala.,,"

Volví antes que ella al lado de Carrillo. Encontrémele acometido de espantosos dolores, doblándose por la cintura como si quisiera partirse en dos, profiriendo ayes profundos, roncós y guturales que causaban horror. Parecía haber perdido el juicio. Sus gritos eran la exclamación de la animalidad herida y en peligro, sin ideas, sin nada de lo que distingue al hombre de la fiera. Eloisa se puso á su lado, pero él

no reparó en ella; en mí sí, pues habiéndole rodeado el cuello con mi brazo para sostenerle en la postura que me parecía menos penosa, se aferró con ambas manos á mi cuerpo y me tuvo sujeto largo rato. Agarrábase á mí como si al asegurarse bien, clavándose las uñas, se sintiese aliviado. Últimamente reclinó la cabeza sobre mi pecho, dando un suspiro muy hondo. Mi prima se aterró creyendo que se moría, pero tranquilizónos el médico asegurando que la sedación comenzaba y que las arenillas habían pasado ya. El tal doctor no era una notabilidad de la ciencia, á mi modo de ver, aunque muy zalamero en su trato, razón por la cual muchas familias de viso le preferían á otros. Si la misión del facultativo es entretener á los enfermos y alegrar su espíritu con ingeniosas palabras y aun con metáforas, Zayas no tiene quien le eche el pié adelante. Por lo demás, ni él curaba á nadie, ni Cristo que lo fundó. Eloisa propuso aquella misma noche convocar junta de médicos para el día siguiente, y el de cabeceera citó tres ó cuatro nombres de los más ilustres. Después de haber recetado un calmante, arrepintiéndose y recetó otro, y por fin le vimos decidido á darle bromuro potásico.

"Debe de haber en esto una complicación grave—le dije, razonando con el sentido común.—¿Habrá derrame cerebral?

—Quizás—replicó lleno de dudas.—Lo indu-